

II PREGÓN DE SEMANA SANTA, Madrid 2009

Congregación del Stmo. Cristo de la Fe, Cristo de los Alabarderos, y María Inmaculada,
Reina de los Ángeles

Por: Enrique Guevara Pérez

En la vida y en la historia
Tan solo existe un camino
Un horizonte, un destino
Y una palabra VICTORIA.
Sólo se llega a la gloria
Caminando día a día,
La gloria es infantería
Y su camino la paz
El que la quiera alcanzar
Que repita con María
Hágase tu voluntad.
Hágase tu voluntad
Santo Cristo de la Fe
Cristo canónico y justo
Y derechamente augusto
Cristo mástil y timón
Foque de toda oración
Norma de todo lo recto
Castrense, puro y perfecto
Y para toda batalla
Porque tiene siempre a raya
Todo cuanto es imperfecto
Cristo de la Fe, velante
De toda agresión impura
Solo con la derechura
De estar en Cruz consolante
Fondo y forma en aclamante
Fortaleza de oración
Santo Cristo de la Fe
Cristo que bendice y llora
Cristo que Madrid adora
Con delirio y con pasión
Rendido vengo a tus plantas
Para contemplar gustoso
Tu rostro triste y hermoso
Que fascina el corazón
Vengo a beber con tu vista
Inspiración de poeta
Y cantarte una saeta
A través de este Pregón
Vengo a sentir y a gustar
De tu rostro un no se qué
Que es un misterio de Fe
Y un abismo de dolor
Pero no digo verdad
Si afirmo que yo he venido
Tu corazón me ha traído
Con su continuo tirar
Y aquí estoy en Ti admirando
Un mundo de maravillas
Que solo ven de rodillas
Los que te saben amar.

En tu rostro denegrado
Por la humana crueldad
Descubro la majestad
Y omnipotencia de Dios
Y aunque el averno pretende
Al pueblo apartar de Ti
Tú cuando sales de aquí
Te sigue Madrid en pos.
Tus largos y airosos cabellos
De la cabeza colgando
Parece que están llorando
Y convidan a llorar
Con ese llanto que es propio
Solo de las almas buenas
Llanto que endulza las penas
Y trueca en gozo el pesar
La dulce y tierna mirada
De tus ojos peregrinos
Son los destellos divinos
De la infinita bondad
Y ante tu imagen sagrada
Unos lloran y otros rezan
Y al marcharse todos besan
Tus pies y tu Santa Cruz
Porque esta iglesia Castrense
Es entre todas bendita
Y es que es el lugar de cita
De tu gloriosa Hermandad
Del devoto que te quiere
O algún favor te agradece
Y del pobre que padece
Disgustos y enfermedad
Y así te presentan, triunfador
Rey eterno de las almas
La semana de las palmas
En tu paso de salir
Las saetas que te cantan
Son endechas, son los tropos
Son los castizos piropos
De este pueblo de Madrid
Señor mío y mío Dios
Cristo de la Santa Fe
Tenme siempre a tus pies
Prendido de tu clamor
Dame tu Gracia Señor
Y no me dejes, Que yo quiero
Como un fiel Alabardero
A través de este Pregón
Alzar la Cruz en tu honor.

SALUDOS Y AGRADECIMIENTOS

- Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de la Diócesis Castrense.
- Ilustrísimo y Rvdo. Sr. Rector de esta siempre acogedora Iglesia Catedral de las Fuerzas Armadas.
- Ilustrísimo y Rvdo. Sr. Delegado Episcopal de HH y CC de la Diócesis de Madrid.
- Ilustrísimo y Rvdo. Sr. Deán de la Santa, Metropolitana y Patriarcal Iglesia Catedral de Santa María la Real de la Almudena

- Ilustrísimo Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de esta Antigua Congregación del Stmo. Cristo de la Fe, Cristo de los Alabarderos, y María Stma. Inmaculada, Reina de los Ángeles.
- Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades militares presentes.
- Sres. Hermanos Mayores y representantes de todas las Corporaciones Nazarenas que hoy habéis querido ennoblecer este acto con vuestra presencia.
- Sras. y Sres., amigos, cofrades, hermanos todos por la gracia de Dios.

Aunque siempre es preceptivo, reglamentariamente obligatorio, e ineludiblemente necesario, el dar las gracias a todos los que, de una manera directa o indirecta, de manera generosa, han contribuido a lo que el Pregonero en general considera como una distinción inmerecida, es decir, el ser designado para intentar glosar y anunciar la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo; yo hoy voy a ser la excepción de la regla y voy a romper unos moldes y unas costumbres. No voy a pronunciar la palabra gracias, que viene a ser como el prólogo, el pórtico y la apertura de la voz del Pregonero.

Yo no voy a dar las gracias a Ignacio Pío, Hermano Mayor de esta Real Cofradía, ni a su Junta de Gobierno entera por haber tenido la temeridad de proponerme; no voy a darle las gracias tampoco ni a mi buen amigo D. Francisco, Delegado Episcopal para las Hermandades y Cofradías de la Diócesis, ni al Consiliario de esta Hermandad, por haberse dignado en aceptar y ratificar mi nombre como Pregonero de este año; no voy a darle las gracias al Excmo. Sr. D. Rafael Dávila, Pregonero que fue del pasado año, por las palabras cariñosas y engrandecidas que ha pronunciado en mi presentación; ni voy a darle las gracias tampoco a este público que en apretadas filas, representa lo mejor, y lo más hermoso y más ganado de las Hermandades madrileñas; ni voy a darle las gracias a este pueblo amigo de Madrid, a mis paisanos, que a través de tantos gestos y llamadas me han transmitido un incentivo, y al mismo tiempo un lenitivo sedante, que han permitido que esta tarde precursora de primavera me haya llevado a la osadía de hablar de algo donde las palabras sobran y donde solo hay que procurar que los latidos del corazón cofrade de Madrid vibren al unísono.

Y no voy a daros las gracias por una razón simple y sencilla, clara y elemental. Porque sería como aprovecharme de una sola palabra o de unas hinchidas y altisonantes frases de agradecimiento para pagar, o al menos intentar compensar, lo que no tiene precio. Vuestra designación, vuestra confianza y, sobre todo, vuestra ilusión porque fuera Pregonero de nuestra particular Semana Santa.

El ser Pregonero tiene os aseguro el sabor agridulce, que puede dar la mezcla del gozo con la zozobra, de la alegría con la preocupación. Se puede pasar, y en realidad os aseguro se pasa, de la alegre y despreocupada confianza en uno mismo, al más grande desánimo y desaliento y a la más completa incompetencia para serlo.

Ser Pregonero, y serlo sobre todo, para vosotros, que sois por derecho propio los auténticos y verdaderos altavoces a través de todo el año; vosotros que sabéis como nadie los mil detalles ignorados de una Hermandad; que conocéis también como nadie, las glorias y, por qué no decirlo, también las penas de la misma; encierra un terrible peligro porque hay que hablaros de cosas que conocéis al dedillo.

Es, pues, absolutamente necesario enfrentarse con el Pregón con la máxima modestia, porque el Pregón de hoy, no es más que otro de los múltiples pregones anticipados que desde hace meses se vienen produciendo alrededor del cofrade en la ciudad: esos cultos cuaresmales de las Hermandades, la leve pelusa verdeante que empieza a cubrir las ramas ateridas del árbol seco, los ensayos de las cuadrillas de costaleros, la venta de alpargatas en las céntricas zapaterías, las túnicas y capirotos exhibidas en los escaparates de la calle Postas, los carteles policromos de las salidas de las Cofradías. Desde Enero, Madrid se va llenando de pequeños, tiernos y sabrosos pregones anticipados; y ahora, tan solo a poco más de una semana del comienzo, el Pregón de la palabra, que para que fuera perfecto, tendría que ser como todos los anteriores, anónimo, pura e impersonal expresión de unos sentimientos que entre todos compartimos.

Por todo ello, siento la deuda en vuestra designación, una nominación que me hace Cofrade con mayúsculas, con vosotros, en la Semana Santa de Madrid; real, por la realeza de vuestro amor sin tacha; penitente por el generoso sacrificio de vuestra abnegación sin límites; y hermano, con vosotros, en la esperanza de un Madrid en comunión con Cristo y en devoción con María por el camino de luz de sus Hermandades y Cofradías.

Por todo eso Señor,

Deja a mi verso llegar
Hasta tus plantas divinas
Que pregone en tus esquinas
La ilusión de su cantar.
Déjalo Cristo anidar
En el rincón de tu alma
Déjalo testimoniar
La Fe, donde se sostiene
Y la esperanza, que tiene
De tu cielo conquistar.
Y déjalo suspirar
Bajo las plantas morenas
De este Cristo, que encadena
A su Cruz mi sentimiento
Y comparta el sufrimiento
De un Madrid de ciertas penas
Deja todo este Pregón
Déjalo Cristo abrazado
A tu pena y tu dolor
Y así, se muera de amor
Contigo crucificado.
Que se sienta custodiado
Por tu paño como manto
Y arrullado con su canto
Tú, que despiertas por entero
Lirio de Dios sacrosanto
Con un beso y un te quiero
A este Madrid prisionero
La tarde del Viernes Santo

LA CRUZ DE CRISTO

Pero por otra parte, el ser Pregonero, como decíamos antes, tiene para mí, una característica especial. Y esta es, la de que el elegido inicia su Estación de Penitencia bastante antes de que el primer nazareno de la primera Cofradía salga a la calle. Y eso es lo que yo quiero y pretendo hacer hoy, mi Estación de Penitencia anticipada a este Miércoles cuaresmal, y llegar desde Palacio por una carrera precoz e imaginaria hasta esta auténtica, legítima y verdadera Santa Iglesia Catedral de las Fuerzas Armadas. Es probable, o más bien casi seguro, que aquí haya hasta quien me tome la hora y me haga cumplir el itinerario previsto y el recorrido completo que como todos sabéis, comprende las habituales calles tan castizas como Bailén y Mayor, Sacramento, Cordón, Ciudad Rodrigo, calle de la Sal, Postas o San Cristóbal. Os prometo cumplir ambas cosas como buen cofrade, y llegar a la hora exacta de recogida a esta capilla. Si así no lo hiciera, sé que vendría la consabida e inevitable sanción por vuestra parte. Pero me queda el consuelo de que esa multa, si la hubiere, la tendrá que pagar el Pregonero del año que viene...

Por eso yo hoy, como aquel nazareno que abre paso al cortejo con la Cruz de Guía, traigo aquí y os presento mi Cruz. Esa mi Cruz que es mi Pregón; no por lo que tiene de prueba amarga y de onerosa dificultad, sino por razón de similitud y analogía, pues la Cruz es camino, es estandarte y es altar; camino, recto y seguro, que conduce a la bienaventuranza eterna; estandarte, que Cristo enarbolará como bandera el día de la Justicia Final en su calidad de Justo Juez de todas las generaciones; y altar santo, el primer altar de la Cristiandad, donde la Humanidad, al ser redimida por Cristo, consiguió la reconciliación con Dios. Así todo como el Pregón, que excita la piedad y mueve deseos de perfección de vida cristiana en orden y camino a conseguir el cielo; el Pregón es el estandarte, que Madrid ondea ante la consideración del mundo como exégesis de sus fiestas penitenciales y el mejor título de su grandeza espiritual; y por último, el Pregón es el ara, el altar donde cada año esta ciudad expone su rectitud de intención y el espíritu de piedad verdadera de sus Hermandades y Cofradías, que con su sacrificio le ganan y conquistan la eficaz redención de sus muchos pecados y la constante y amorosa predilección de Dios.

Pero el Pregón es más; es Cruz de Guía. Cruz de Guía, con que abrimos y descorremos el velo de la Semana Santa; Cruz de Guía, porque da cita y enerva de emoción los corazones de cuantos viven con este afán y anhelo de perfección; Cruz de Guía, porque abre marcha en el sentimiento de piedad y religiosidad; Cruz de Guía, que aunque se fabrique con la plata cincelada de las galas retóricas, y se adorne con las bellezas de la cultura y el arte, nunca faltará en ella la incrustación de la madera preciosa, que producen la virtud, la abnegación y el sacrificio; y Cruz de Guía, porque es génesis y principio de una larga estela, donde la luz es símbolo de la Fe; los itinerarios, caminos de esperanza; y los pies descalzos y la penitencia anónima, callada y oculta, el mejor símbolo de la caridad perfecta que solo está y se concibe en el acendrado amor a Cristo.

De este modo, la Cruz es la condición más universal de la vida humana, y de su cristiana consideración, nacen las Cofradías, las cuales toman su génesis de esta necesidad indispensable de llevar la Cruz para seguir los pasos del Redentor, haciéndose presentes en las calles para predicar públicamente las mismas palabras de Cristo: "Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

Y de este modo, la Cruz vuelve a nuestras calles,

Y enmudece la mañana
Con aires de primavera
Llega la vida a los campos
Es verdad que no es quimera
Y la Cruz vuelve a nuestras calles
Que resbalan de la cera
Que brota ya derretida
Llorando su penitencia
El viento trae el aroma
Huele a incienso en las iglesias
Y hay un pellizco en el alma
Que con fuerza nos aprieta
Y la Cruz vuelve a nuestras calles
Vuelve a alzarse su presencia
Sobre peanas de plata
Sobre talladas maderas
Sobre altas canastillas
Sobre humildes parihuelas
Sobre dorados altares
Y sobre caobas añejas
Caminará entre tulipas
Entre penumbras de velas
Entre amarillos hachones
Entre el silencio que reza
Entre el cortejo que llora
Entre pífanos, tambores
Entre cofrades en vela
Entre cíngulos ceñidos
Y túnicas nazarenas
Entre el tumulto de gente
Entre los pies desgastados
Entre penas y promesas
Entre plegarias y rezos
Entre oración y saetas
Entre niños y mayores
La Cruz vuelve a nuestras vidas
Porque Cristo nos despierta
Viene a lavar nuestras manchas
A limpiarnos la conciencia
A levantarnos del todo
De las más bajas miserias
A perdonarnos de nuevo
A llamar a nuestra puerta

A que le abramos el alma
A cerrar heridas viejas
A acabar con los temores
De tantas luchas internas
Viene Dios crucificado
El que Fe por nombre lleva
Derramando su indulgencia
El sufrimiento del hombre
Todo llanto, toda queja
Todo castigo que duele
Toda culpa que nos pesa
La angustia que nos ahoga
Todo mal que nos acecha
Todo lo que no podemos
La Cruz de Cristo lo lleva
Que no hay quebranto en el hombre
Con el que mi Dios no pueda.

EL CRISTO DE LA FE

Así pues, demos comienzo a nuestra particular Estación, una Estación que va más allá de la conocida y esperada procesión que esta Real Cofradía lleva a cabo cada tarde-noche de Viernes Santo. Una Estación que hunde sus raíces con cuatro siglos de menos, cuando en 1632 nace la Real, Ilustre, Noble y Antigua Congregación de esclavos del Santo Cristo de la Fe, que este fue en los orígenes su título completo.

Tuvo principio pues, esta Congregación o Esclavitud, como queráis llamarlo, en primero de Noviembre del año de 1632, con el fin de dar culto a una Imagen de Cristo Crucificado que estaba ya casi olvidada en la iglesia parroquial de San Sebastián. Y tuvo sus inicios auténticos, por un hecho histórico desencadenado el 4 de Julio del citado año, en que unos judíos, según dice la tradición, profanaron la Imagen de un Crucifijo en la madrileña calle de las Infantas. Tal hecho sacrílego, que conmovió al pueblo entero de Madrid, provocó fiestas de desagravio en la mayoría de las iglesias de la Villa, hasta tal punto, que hasta los feligreses de la de San Sebastián, en emulación virtuosa de tantas celebraciones y en devoción afectuosa hacia la Imagen, tomaron la efigie del Santo Cristo que allí figuraba sin ningún adorno y casi sin culto, postrado en la pared que media hoy entre la puerta de la referida iglesia, que sale a la lonja, y la reja de la capilla, fundando en torno a ella la nobilísima Cofradía que ha llegado hasta nuestros días. Dícese, según cuenta la tradición, y con ello continuamos envolviendo sus orígenes del misticismo que merece, que para dar nombre a aquella Imagen de Cristo Crucificado, se les ocurrió la idea de escribir diversos títulos en cédulas de papel, meterlos en una urna y elegir el que determinase la mano de la Divina Providencia. Al sacar una de aquellas papeletas, se vio que tenía escrito el misterioso advocativo de la Fe; nuevamente la introdujeron en la urna, removiéndola con las demás, y hasta por tres veces salió el mismo nombre, por lo que definitivamente entendieron que debía dársele culto bajo el título o advocación de Stmo. Cristo de la Fe.

Y no es esta, según cuenta la tradición, la única gracia obrada en torno a la Imagen, si bien cuando sus devotos se encontraban en apuros o enfermedades, y solicitaban especialmente la salud, usaban como reliquia los paños de pureza del Santo Cristo, que eran llevados a los enfermos, obrando con su aplicación notables mejorías.

Otra circunstancia sobresaliente en la historia de la Congregación fue la conocida adscripción del Real Cuerpo de Alabarderos de la Casa de su Majestad el Rey, lo cual tuvo lugar una centuria más tarde, en el año de 1743. Y dicen las crónicas que era Lunes Santo, y que el Duque de Medinaceli había comunicado al Hermano Mayor de la Congregación la negativa de enviar los acostumbrados doce alabarderos que solían acompañar de manera oficial a la procesión del Viernes Santo, por hallarse con Real Orden para que no asistiesen a ninguna. Ante tal contratiempo, por la proximidad de la jornada de Viernes Santo, la Congregación acordó, en un alarde de buen saber hacer cofrade, ofrecer el título de hermanos o congregantes natos a cuantos alabarderos quisieran inscribirse de manera voluntaria, librándoles de cuota alguna de entrada y de la asistencia a las Juntas de la Hermandad, para lo cual fueron enviadas patentes de entrada en blanco a los guardias de cada Compañía, y tal fue la acogida de tan bienhechora idea, que ya en los primeros años del siglo XIX, no había

oficialidad del Real Cuerpo de Guardias de Corps, que así eran conocidos también los alabarderos, que no perteneciese a la Congregación.

Vivió así la Hermandad varios siglos de bonanza, hasta los aconteceres de 1936, en que los desenlaces de la Guerra Civil destruyeron la Parroquia de San Sebastián, perdiendo la Cofradía la capilla y todos los enseres que engrosaban su patrimonio, cayendo la Corporación en tal depresión desde entonces, que los insuficientes hermanos con que contaba, se vieron obligados a pedir al Arzobispado su completa disolución; hasta que nuevamente la Congregación vuelve a ser recuperada en 2002, gracias a los desvelos del Reverendo Padre D. Luis López Melero y de los Excelentísimos Señores D. César Muro Benayas y D. Rafael Dávila Álvarez, en un dedicado afán de renovación.

Y así, con todo ello casi cuatro siglos de historia devocional atesora la Hermandad en torno a este Crucificado de la Fe, el cual debido a los aconteceres históricos de la ciudad, aún manteniendo sus hermanos la piedad y el fervor que les caracteriza, ha tenido irrefutablemente que cambiar hasta por seis veces su peregrina Imagen Titular, hasta llegar a la que hoy aquí nos preside. Una Imagen, cuyo particular estilo, barroco andaluz, queda patente en toda la obra, si bien destaca de entre el conjunto la portentosa cabeza y el original paño de pureza, entrelazado por las piernas, tapado bajo la faldilla carmesí con la que se expone al culto. Ni que decir tiene, que el autor ha tenido el buen gusto y la loable contención de equilibrar la ciencia con la estética, a fin de no perder de vista la función como imagen religiosa o devocional, apta para las procesiones. Dicha interpretación artística de los cánones tradicionales ha sido además concebida con un estilo muy personal, demostrando así que todavía resulta posible ser creativo dentro de dicho campo, a diferencia de la manida serialización de prototipos del Siglo de Oro.

Resultado final obtenido por los magnánimos, cegados e ilimitados desvelos llevados a cabo por hermanos tan notables en la Corporación, impulsores del proyecto de su talla, como D. Antonio José Calahorro Delgado o D. Ignacio Pío Martínez Ara, por devolver a la Imagen del Cristo de la Fe toda la unción y devoción con que contó a lo largo de la historia. Extraordinarios han sido sus esfuerzos y pugnas, regios han sido los desgastes de energías y excelsos los empeños por contar con una talla definitiva del Cristo de la Fe para Madrid,

una Imagen esta, en la que

Dorada a fuego, Señor,
Está tu muerta madera.
Es como sangre la cera,
Nazarena de tu amor.
Gubias de llanto y dolor
Cincelaron tu figura
Tus manos queman la dura
Penitencia del madero
Divino y humilde Cordero
Que aunque fuera un tronco seco
Deforme, oscuro, podrido,
Ese leño dolorido
De tu rostro nazareno
Aunque nada humano al menos
Quedara ya en la madera
Ni tus ojos parecieran
Capaces de tu mirada
Ni la llaga descarnada
De tus manos, manos fuera
Ni las espinas hirieran
Tu sien de miel traspasada
Aunque ya no hubiera nada
De misterio o de dolor
Ni de hombre ni de Dios
En el leño de tu cara,
En lo poco que quedara
Vendría a rezarte también
Como tu Hermandad enseña

Santo Cristo de la Fe
Carne de Dios madrileña

RAZÓN Y VIGENCIA DE MARÍA INMACULADA

Aunque haya quien lo piense y así lo exprese, la devoción a María, como Corredentora de la Pasión, no puede reducirse a un sentimiento trasnochado, a una fe infantil o a una emoción sensible alejada de todo significado trascendente. Está claro que el pensamiento actual, que alegando razones culturales o de tradición popular, no duda e incluso compite en animar el culto externo a María Santísima, es el mismo que pretende relegar al ámbito privado todo hecho religioso, cuidando mucho que cualquier manifestación del mismo, no sea interpretada como una proclamación de fe.

Sin embargo, la fe tiene razones que van más allá de lo conveniente y lo correcto. La fe no se consiente, se desea y se tiene como razón de vida y así debe ser considerada y respetada. La fe no se utiliza, se expresa, y en su testimonio se manifiesta la calidad del creyente, de forma que toda manifestación de fe que no esté respaldada por un testimonio de vida acorde a los principios y valores que esa fe proclama, no puede considerarse una fe auténtica y sincera.

En nuestra realidad cultural y social, la fe cristiana sigue teniendo vigencia por razones que van más allá de la tradición y la historia, aunque estas sigan siendo irrenunciables. Esa Fe nos lleva a Cristo, a Cristo por María, por eso hablar hoy de Ella no viene a ser solo por participar de un acto hermoso y entrañable, ni por cumplir un rito, ni por hacer memoria, por más que estas razones me parezcan importantes y dignas de un pregón.

Y como no podía haber sido de otro modo, ante Corporación Nazarena de historia tan vinculada al mundo castrense, no en vano desde sus orígenes siempre pertenecieron a ella abundantes empleados al servicio de la Casa de Su Majestad el Rey y más concretamente desde 1743, como anteriormente decíamos, el Real Cuerpo de Alabarderos, la devoción a María debía de resaltarse invocando a la acrisolada Imagen de su Inmaculada Concepción: María Inmaculada, como sueño del Padre, Madre del Hijo y dogma de nuestra Santa Iglesia Católica.

Así pues, el patronazgo y la especial devoción del arma de Infantería a la Inmaculada Concepción cuenta con varios siglos de historia, pues ya en 1892, cien años después de que el Papa Clemente trece, por medio de la Bula *Quantum Ornamentum* proclamase a la Purísima como Patrona de España, las Indias y sus reinos, la Reina regente D^a María Cristina la había declarado patrona de la gloriosa Infantería española. Entre estas dos fechas está la decisiva proclamación del dogma concepcionista por SS Pío Noveno, el 8 de Diciembre de 1854 y mucho antes, el 7 de Diciembre de 1585, el milagro de Lempél tras el cual los Tercios de Flandes e Italia, reconocidos a su amparo, nombraron espontánea y unánimemente como patrona a la Inmaculada Concepción.

También aquí, la devoción y el clamor del pueblo y del ejército precedieron en siglos de historia al dogma de la Inmaculada. No en vano, habían experimentado cada vez que la invocaban, su presencia y cercanía, especialmente en los momentos de mayor desventura. Su imagen junto a la bandera, era señal de confianza y seguridad. María, infante antes que reina, no abandona nunca a un hijo suyo en el campo de batalla. No hubo un soldado herido, que en el fragor de la guerra, al llevarse la mano al corazón llamándola por su nombre, no sintiera en sus latidos, la voz de María Inmaculada respondiéndole ¡Presente!

Presente en una noche cualquiera

En otra noche como tantas,

en algún lugar del mundo

hay un soldado de España

mirando al cielo estrellado

y recordando su patria.

Un profundo azul inmenso

se ha posado en la mirada
que entre palmos de luceros
va midiendo la distancia
que separa los deseos,
el deber y la esperanza.
En una noche cualquiera
En otra noche como tantas,
en algún lugar del mundo
vela un soldado de España
al raso, cubre su cuerpo
un manto celeste y plata
que lleva sobre sus hombros,
bandera azul desplegada,
la criatura más hermosa
que un mortal imaginara.
Es la aurora que se anuncia
con la luz de la mañana,
la claridad transparente
pura, limpia, inmaculada
del alba, el último sueño
de los infantes de España.
¿Es sueño o es realidad?
¿Es milagro o es nostalgia
la mujer que cada día
al despuntar la mañana
descubre en la cabecera
velando sus esperanzas?
Más hermosa que los astros,
más luminosa que el alba
doce estrellas en su frente

trae el sol en la mirada
tiene la luna a sus pies,
al cielo solo le faltan
los ángeles de un recuerdo
muy lejano de su infancia
un perfume de alhucema,
una oración olvidada,
las caricias de una madre,
un calor de ropa blanca
y una palabra MARIA
amaneciendo en su alma.

Y esa es la principal y única razón de su patronazgo, la realidad más allá de la fe y de los sentimientos de una mujer Santa y Pura, que además de significar los valores más altos de la milicia, encarna en su imagen Inmaculada la promesa segura de su eterna fidelidad. Por eso,

Contigo llegó el milagro
Que Cristo dijo que haría
Contigo la Luz de Cristo
No se apaga en nuestras vidas
Gracias, Madre, porque eres
La ilusión más atrevida
Porque Tú lo puedes todo
Sin pecado concebida
Mediadora de milagros
De ternura desmedida
A quien mira enamorado
Esa aurora descendida
Que es el brillo de tus ojos
De tus pupilas prendidas
En el nácar de tu cara
Y el temblor de tu barbilla
Y el sollozo que engrandece
Tu belleza de mocita.
Y en tu rostro, va la luz
El fulgor de las estrellas
Por tus mejillas resbalan
Continentes de pureza.
Y eres florido madroño
Y perfume de azucena
Y gloria de Dios bendita
Trasplantada a nuestra tierra.
Causa de nuestra alegría
En tu sonrisa sin cese
¡Bendita seas mil veces
Inmaculada castrense!
Gracias, Madre, porque eres
Ese sueño al que se aspira

Estar cerca de Ti,
Del candor de tu mejilla
Y de tu porte de Reina
Y de tu pelo de endrina
Y del agua de tu llanto
Y de esa flor encendida
Y por eso te doy gracias
Por la noche y por el día
Por todo lo que Tú me has dado
Por ser mi faro y mí guía
Porque nunca me has dejado
Por mis penas y alegrías
Por comprender mis errores
Y decir que en mí confías
Gracias Madre, porque Tú eres:
Madreselva de mi amor
Alhelí de mi Esperanza
Rosal de bello color
Incienso que al cielo alcanza
Amapola, verso y flor.
Sin mancha en el pensamiento
Germinal del Ser Creador
Y por la fuerza de Dios
Sin mancha en tu nacimiento
Sin mancha en todo momento
De tu existir terrenal
Toda pura en el pajar
Donde Dios se hizo criatura
Y gloriosa en las alturas
Sin pecado original
Prodigio de claridad
Sublime fidelidad
Más radiante cada día
Antorcha en la Infantería
De mi oscuro caminar
Y sigo dándote gracias, Madre,
Por haberme hecho cofrade
Por tu dádiva infinita
Madre y Patrona presente
Que en la vida o en la muerte
Si algún hijo te necesita
Nunca faltas a esa cita
Siempre das un paso al frente.
Bella y celestial Princesa
Inmaculada Doncella sagrada
Mística flor delicada
De perfume Virginal
Blanco y humilde santuario
En el que escuché el infinito
Clamor de tu campanario
Permite a este pregonero
Cedido a Ti por entero
Y deja que rece contrito
Mi salmo penitenciaro
En un rincón solitario
De tu refugio bendito

Durante todo el año viven las Hermandades, acrecentándose en la Fe, con la Esperanza de un mundo mejor, y ejercitándose en la Caridad. Virtudes de las que se entresaca el advocativo de nuestro Cristo: "Dichosos aquellos que crean en Mí, sin haberme visto", es decir el Cristo de la Fe.

La Fe, que es creer en lo que no se ve, suele ser representada por una figura con los ojos vendados, pero la Fe tal y como la entendemos en nuestras Hermandades bien podría representarse por una figura con los ojos bien abiertos y la boca vendada; lo que es tanto como creer contra toda evidencia, respondiendo, no con palabras sino con hechos, a todo lo que se desprenda de esa creencia.

Por eso, si el cofrade es hombre de vocación, si siente una fuerza interior que le mueve a la labor apostólica, es porque antes ha recibido un don sobrenatural y gratuito que es el de esa misma Fe, por el que ha asimilado un conjunto de creencias inmutables, y de la cual procede la verdadera devoción, que no consiste ni en un afecto estéril y transitorio, ni en vana credulidad.

Por esa Fe, el cofrade cree, fiado en la autoridad de Dios, en unas verdades; creencias que anualmente rememora y ratifica en la Protestación de Fe solemne, que se realiza en las Funciones Principales de Instituto de nuestras Cofradías.

El cofrade tiene y debe profundizar en el conocimiento de esa Protestación de Fe, hasta asimilar la convicción de que el fundamento y el centro de la Fe cristiana, es el mensaje de la promesa de Jesús y su Resurrección por Dios; y, movido por la energía que dimana de la firmeza de su creencia, ha de ejercer el apostolado, divulgando su doctrina y actualizando el lenguaje de la misma, y, sobre todo, ha de acomodar su vida a las exigencias del compromiso que, en el Bautismo adquirió, y al que luego, libremente, se ha adherido al jurar las Reglas de la Hermandad, teniendo presente el gran valor testifical público que su protestación implica.

Por todo ello, debemos decir que el cofrade es hombre de Fe. Y lo demuestra en que no se queda, en que no puede quedarse solo en la simple recreación estética que la contemplación de las Imágenes en su Templo o en el desfile procesional de los pasos pudiera inspirarle, sino que sabe utilizar su valor trascendente para llegar al encuentro de lo sobrenatural; sabe que por la contemplación de las cosas visibles, debe ser arrebatado al amor de lo invisible; que debe ir al conocimiento y al amor profundo de Cristo, real y verdaderamente presente, que le espera en el Sagrario.

Corren tiempos difíciles para los creyentes. Hemos alcanzado la prosperidad, el llamado Mundo Occidental camina con paso firme hacia un bienestar que parece no tener límites. La Sociedad cree que así alcanzará la Felicidad y se ha permitido el lujo de olvidarse de Dios. Ya no lo necesita, lo desprecia, pero a quien está despreciando realmente es a sí misma mientras toma rumbo a ninguna parte.

Años de Historia significan años de Fe. Nuestra particular forma de conmemorar la Semana Santa es la expresión de la Fe cristiana del pueblo de Madrid, haciendo surgir artes que enriquecen el Patrimonio de esta ciudad.

La Fe en Jesucristo es, ante todo, manantial inextinguible de solidaridad y es aquello por lo que las Cofradías llevan a cabo su misión evangelizadora, porque la Iglesia tiene como razón primera la Evangelización.

El hombre debe ser hombre de su época. No puede volver la espalda a la realidad del mundo. Es imprescindible dar testimonio de la Fe cristiana, llevando la Esperanza a los que sufren tantos problemas de la humanidad: paro, droga, enfermedad, marginación, incompreensión, hambre...

Por todo eso, las Cofradías salimos a la calle para anunciar el Evangelio, porque por encima de todo somos Iglesia, la que Él dirige, y así nos tienen que aceptar, como fenómenos religiosos, más allá de un valor cultural que nadie niega, pero que nunca puede ni debe ser fundamento de nada, ni mucho menos aun justificación de una realidad que se mantiene viva desde hace siglos.

Hermosa es nuestra Fe, porque es como un cirio siempre encendido. Gracias a ella vivimos instantes maravillosos, y nada nos parece imposible.

La Fe es un don de Dios. Es la alegría de ser cristiano. Es lo que alentó el esfuerzo de grandes cofrades que nos enseñaron que el espíritu de servicio, es la razón primera por la que estar en las Cofradías, en la Iglesia y en la sociedad. La Fe cristiana es la Fuerza impulsora de la Semana Santa. En la Fe está el Amor a Dios a través de nuestras Sagradas Imágenes, que llevan en sus manos y en sus pies el beso de tantos que están ya en el Cielo...

Gracias a la Fe, vi que las Cofradías no son flor de un día preparada para atracción de turistas, sino que en ellas se trabaja callada pero constantemente a lo largo de todo el año.

Gracias a la Fe, vi que no todo en ellas queda reducido al culto externo, porque éste lleva el encaje de oro del estudio y de la caridad.

Gracias a la Fe, creí en las Cofradías y en los valores espirituales que atesoran. Creí en la eficacia apostólica que han tenido en la historia. Creí con tanta fuerza que se me hacía evidencia de claridad cegadora, que tantos y tantos cofrades habían alcanzado el cielo subiendo peldaño a peldaño por la escala providencial que las Cofradías significan en su vida.

Por todo eso, hoy,

Pongo a María por testigo
Y la pongo por bandera
Que Madrid fue la primera
En vivir su Fe contigo.

Y allí busqué la Fe, Señor,
Solo donde el sol descansa,
En la inmensidad bendita
En un rincón de esperanza.

Fui a buscar la Fe, Señor,
A la clausura más Santa
A la claridad vestida
A la plenitud más blanca
Donde nace la alegría
Con sabor de Eucaristía
Y silencios que nos hablan.

Fui a buscar la Fe, Señor,
A las puertas donde llaman
Las miserias de este mundo,
La pobreza más humana,
El aliento del que sufre
El sufrimiento que emana
De esos Cristo que a diario
A tantas puertas nos llaman.

Fui a buscar la Fe, Señor,
En tus lágrimas sagradas,
Donde no hay noches ni días,
Ni mentiras, ni desganadas,
Ni egoísmos consentidos,
Ni vanidades humanas,
Solo el amor extendido
En la cruz crucificada
Que se hace perdón con tu vida
Con tu dulzura engendrada
Del cáliz de tu pasión
Que por Madrid va derramada.

Fui a buscar la Fe, Señor,
Hasta esa inmensa atalaya,
Donde mueres cada día
Así en tu Santa Morada,
Y encontré Señor la vida
Donde apoyar mis pisadas,
Donde ser tu Cirineo
Y con la Cruz más pesada
Seguir el amor penitente
Al escuchar tu llamada.

Fui a buscar la Fe, Señor,

Al pie de tus mismas andas
Esas que el Viernes Santo
Antonio, las que tú mandas
Y en el calor del enfermo
Y en el dolor que descansa
Sobre la Cruz franciscana
De un Vía Crucis que pasa
Y en los labios penitentes
De oraciones que traspasan.

Busqué la Fe, mi Señor,
En esa Cruz nazarena
Por tantas veces clavada
Que en la oración más serena
Se hace bendita patena.
Y en tu humildad concebida
Y en tu paciencia que espera
Y en la gracia Inmaculada
Y en la esperanza más plena

¡Cuánta Fe por cada esquinal!
En cada cirio latiendo
En cada Cruz que muriendo
Ansiosa espera tu vida
¡Cuanto amor resucitado!
Un Domingo de alegría
Que hermosa la Cruz de Guía
Del perdón ya perdonado.

Y fui a buscarla, Señor,
A esta Hermandad Alabardera
Que te tiene por bandera
Porque eres caudal de Fe
Y al ver tu Imagen clavada
Y al ver tu rostro caído
Y al ver Señor esas llagas
Y al ver tu costado herido
Y la sangre coagulada
Y al ver tu piel hecha tiras
Y la carne desgarrada
Y al ver tus huesos hundidos
Y tu espalda amoratada
Y al ver Señor tus rodillas
Y tus manos enclavadas
Vi al final tu amor bendito
El que a diario proclamas
Desde la Cruz que se alza
De tu verdad consumada.

Y así Señor, tras tus pasos
Busqué la Fe para siempre
Y la encontré aquí a tus plantas
En estos muros perennes
En estas piedras calladas
En esta iglesia castrense
En este altar que se enciende
Como un farol en la noche
Como un cirio resplandece
Como un clavel, como un lirio
Como tu paso se mece

Como una saeta al viento
Como un Padre Nuestro ardiente
Para proclamar esa Fe
Tú pusiste este Pregón
En mis labios penitentes
Y esta tarde de Madrid
Junto al fervor de tu gente
Santo Cristo de la Fe
Aquí me tienes presente.

LA RESURRECCIÓN

Ya pesa este largo camino de palabras y punza la certeza de que aún nos quedan diez días, tan largos como diez cruces de impaciencia, para que la calle se haga templo. Ya la Estación penitencial del Pregón, toca a su fin. El cofrade al que hicisteis pregonero, porque quisisteis hablar vosotros mismos en las palabras torpes de uno de los vuestros, junto al cansancio siente la tranquilidad espiritual de la penitencia cumplida, en la esperanza verdadera de haber llegado a aquellos que, ciegos, no ven la sangre de tu divina frente.

A aquellos, que temblando en su inmensa envidia, no saben mirarte a la Cara.

A aquellos, que no saben apreciar las tradiciones de tu pueblo.

A aquellos, que se olvidan de tu Madre.

A aquellos que, llorando, ven tu pasar silencioso sobre su corazón.

A aquellos, a los que se les ilumina el alma con la cera encendida de tu paso.

A aquellos, que en el anonimato hacen que Tú salgas a bendecir a la Ciudad.

A Madrid entera, que tiembla y que llora, que se estremece y se acongoja en tu Agonía, y ríe y se alegra en tu Resurrección temprana.

A Madrid entera, que también tiene encerrado en su corazón el inmenso tesoro de su Fe cofrade.

A Madrid entera, que está dispuesta a pasearte ahora mismo, esperando que el Pregonero de la llamada.

Que donde quiera que estemos cada uno de nosotros, haya un permanente testigo de Cristo. Que gritemos, con nuestra conducta, donde quiera que la vida nos ponga, que Cristo vive aquí ahora, en la primavera de 2009 y siempre, porque,

Si no sabes todavía
Que Cristo ha resucitado
Y permanece a tu lado
Cada momento del día.
Si te falta la alegría
Y andas con rumbo perdido
Es porque nunca has sentido
La cima de la Pasión
Que es la fiel Resurrección
Que Dios nos ha prometido.
Si dices no haber tenido
Más Cristo que un Cristo muerto
Si tu vida es un desierto
Por el que marchas caído
Si te sientes desvalido
Abre a Dios tu corazón
Aprende bien la lección
Y proclama con María
Que la más pura alegría
Está en la Resurrección.
Si quieres vivir el don
Máspreciado del cristiano
Si buscas a un Dios cercano
Si no haces oración

Es hora de conversión
Para tu alma cofrade
Cristo vive y tú lo sabes
Cristo en ti ha resucitado
No sigas aletargado
En tantas oscuridades.
Él calma tus tempestades
Porque ha vencido a la muerte
Y por amarte y quererte
A ti, cristiano y cofrade,
Quiere ofrecerte la llave
De la Evangelización.
¡Lleva tú la Resurrección
a quienes dicen que ha muerto
que aquí en Madrid, por supuesto
sigue vivo nuestro Dios!
Y si te falta la voz
Y te quedas sin aliento
Y vives el descontento
De los que dicen que No
Que no está vivo el Señor
Tú sobre todo, confía
Y verás como María
Te ayuda y te da la fuerza
Para cantar las proezas
Con Fe firme y alegría.
Porque pasó al tercer día
De la Pascua celebrada
Que Cristo se despertaba
Y la vida amanecía
La mañana aparecía
Plena y radiante de luz
¡Tuvo sentido esa Cruz
Que estremeció al mundo entero!
Vacío quedó el madero
En el que murió Jesús.
Si quieres vivirlo tú
Ve a caminar a su vera
Respira esa primavera
Que rompe la esclavitud
Siente la nueva inquietud
Ten el corazón abierto
A este Cristo de la Fe
Porque tú sabes que Él

Resucitó entre los muertos.

HE DICHO